

Lo que sea de cada quien

Las cenizas de Alcoriza

Vicente Leñero

Lo conocí en los estudios Churubusco, luego de una exhibición privada de *Los albañiles* que organizó Jorge Fons. Estábamos los de siempre: Pedro Armendáriz, Felipe Cazals, el Perro Estrada, Gerardo de la Torre, Marco Julio Linares, Tomás Pérez Turrent. También Luis Alcoriza que se pasó de tragos a la hora del buffet. Nunca lo había visto antes en persona pero sabía mucho de él, por supuesto. Había sido guionista estrella de Buñuel (*Los olvidados*, *El ángel exterminador*, *Él*) y de Rogelio González (*Escuela de rateros*, ¡*El esqueleto de la señora Morales!*). Luego, en su salto a la dirección, alcanzó fama con *Tarahumara*, *Mecánica nacional*, *Tiburonerros*, *Presagio...*

Con sendos whiskis en la mano, él tambaleándose, Alcoriza me preguntó de pronto:

—¿Quién crees que sea el mejor guionista de México?

Antes de responderle lo obvio se adelantó:

—¿Verdad que soy yo?

—¿Qué quieres que te responda?

—¿Verdad que soy yo?

—Si lo sientes dilo en voz alta y se acabó: ¡soy el mejor guionista de México! —respondí para zafarme del agobio—. Cuál problema, Luis.

—Pero tú sí lo crees, ¿verdad?

—Te voy a decir algo pensando sobre todo en *El esqueleto de la señora Morales*: eres mejor guionista que director.

Se quedó tieso, como desconcertado. Le brillaban los ojos. No sabía si le estaba haciendo un elogio o una crítica. Me echó su brazo al hombro y me llevó aparte.

—Me gustaría que trabajáramos juntos alguna vez —dijo.

Nunca lo hicimos, aunque me envió una primera versión de lo que se titulaba enton-



Luis Alcoriza

ces *Viacrucis nacional* y luego fue *Semana Santa en Acapulco*.

Nos encontrábamos de vez en cuando en exhibiciones privadas de cine, en alguna reunión en casa de Gabriel Figueroa, en la SOGEM.

Pocas semanas después de que murió, en diciembre de 1992, cuando estábamos a punto de iniciar una reunión del consejo de SOGEM, José María Fernández Unsaín llegó al salón vecino a su despacho cargando una aparatosa urna donde se hallaban —nos dijo— las cenizas de Alcoriza. La puso al centro de la mesa grande, con solemnidad.

—¿Y qué vamos a hacer con esto, José María?

Unsaín explicó que Janet, la esposa con quien Alcoriza escribió buena parte de sus guiones en una relación poco menos que

simbiótica, le había encomendado la urna. No soportaba tenerla cerca. Se echaba a llorar cada vez que la veía ahí, en una mesa rinconera de su sala.

Ante el azoro de la mayor parte de los miembros del consejo, me atreví a destapar la urna y me asomé al contenido. Más que cenizas eran piedrecitas de varios tamaños revueltas con lo que parecía arena para la construcción. Tenían sabor a sal.

—Janet nos pide que conservemos la urna hasta que ella se muera —explicó José María—, para que metamos ahí sus cenizas, mezcladas con las de Alcoriza, y los enterramos juntos a los dos. Mientras tanto pondremos aquí la urna para que presida nuestras juntas.

—¿Para que presida nuestras juntas?! —clamó Marcela Fernández Violante—. ¡De ninguna manera! ¡Eso es macabro!

—Llévala al cementerio de Los Ángeles, José María —pidió Marissa Garrido.

Ni Víctor Ugalde ni yo recordamos en qué clóset o en qué armario escondió Fernández Unsaín la urna de Luis Alcoriza durante seis años, hasta que Janet murió en noviembre de 1998, agobiada por una tristeza permanente. Lo que sí investigó Ugalde fue que las cenizas de Luis y de Janet, mezcladas en la misma urna, fueron enterradas al pie del flamboyán que ambos cuidaban con esmero en su casa de Cuernavaca.

Ahora, siempre que recuerdo aquellas piedrecitas en que se convirtieron los huesos de Alcoriza, no puedo menos que sonreír con ese mismo humor negro, pícaro y festivo con el que nuestro nunca olvidado cineasta escribió el guión de *El esqueleto de la señora Morales*. **U**